IMPOSSIBLE GILLETTE.



FERDINANDO FREGA

— NANDO THE SCRIBE — フレガ・サン — Ferdinando —

GILLETTE IMPOSIBLE

THE SYSTEM · 09

Una colección de relatos en primera persona — las lecciones de cálculo mental de un padre con la mortadela de por medio, una fuga rusa, las disculpas de un frutero a las tres de la madrugada, un disfraz de botones de hotel, una foto de pasaporte desfasada en veinte kilos y una crónica de supervivencias imposibles — en los que Gillette no es un trabajo sino el sistema operativo bajo la piel del autor.

COLOFÓN

Ferdinando Frega — Nando el Escriba — La Quinta Hoja

Pionero narrativo del Código de Comportamiento. Construyó un ecosistema editorial de un dólar en torno a una sola idea: las finanzas no tienen un problema de dinero. Tienen un problema de comportamiento.

Editado y curado dentro del ecosistema **ONEDOLLAR-STORIES**. Arquitectura digital: **NAPLES-POST** · **NOASPECTTIME** · **ONEDOLLAR-STORIES.** Primera edición en 2026. Compuesto con una maquetación tipográfica limpia y moderna, optimizada para la lectura digital. Publicado en Estados Unidos.

AVISO DE DERECHOS DE AUTOR

© 2026 Ferdinando Frega. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio,

incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y de otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Se prohíbe el uso, la reproducción o la distribución no autorizados de esta obra.

PREFACIO

Antes de que este libro comience, que quede clara una cosa: no vendo libros, no los monetizo, no convierto lectores y no pido nada. Escribo desde fuera del mercado, no para complacerlo, sino para exponer lo que no puede controlar. Fue la propia web la que empujó mi nombre dentro de la búsqueda de Gillette, y por eso existe esta trilogía: para dejar constancia del hombre Gillette — no como producto, no como campaña, sino como fuerza, como personaje, como arquitectura. No pide nada. No espera nada. Y, sin embargo, ya ha recibido lo que importa: el reconocimiento. En un mundo gobernado por sistemas de miles de millones de dólares, este libro se alza como prueba de que una voz puede elevarse sin permiso, sin concesiones y sin precio.

QUÉ SIGNIFICA REALMENTE «GILLETTE IMPOSIBLE»

GILLETTE IMPOSIBLE es el momento en que un hombre deja de ser parte de un sistema y se convierte en la vara de medir del sistema.

Es donde **Frega** — el hombre construido a base de disciplina, precisión y geometría interior — choca con **Gillette** — la marca que no afeita rostros, afeita excusas.

La mayoría de la gente entra en una empresa. A unos pocos, la empresa los reescribe. Yo fui del segundo tipo.

«Imposible» no tiene que ver con la dificultad. Tiene que ver con la inevitabilidad — el punto en que la arquitectura de un hombre y el ADN de una marca se fijan en la misma frecuencia y se niegan a separarse.

Gillette imposible = **un hombre forjado por los estándares, una marca absorbida en la identidad, una vida que se niega a desprenderse de su propia disciplina.**

LA DECLARACIÓN

«Yo no elegí Gillette. Mi arquitectura reconoció su propio reflejo».

O la versión que cae como una puerta de metal que se cierra de golpe:

«Yo no trabajé para Gillette. Llevaba su estándar en el torrente sanguíneo».

Esto no es imagen de marca. Esto es biografía tallada con una hoja.

INTRODUCCIÓN

«Hay hombres que fichan. Hay hombres a los que moldean. A mí me moldearon. Gillette no era un trabajo—era el sistema operativo bajo mi piel. Me enseñó los tiempos, la precisión y la disciplina que me mantuvo en pie. Por eso lo llaman imposible: no me lo pueden quitar sin arrancar la estructura que me sostiene erguido».

ANTES DEL PRIMER CORTE

La mayoría de la gente pasa la vida intentando ser aceptada por sistemas que no construyó. Sistemas corporativos. Sistemas editoriales. Sistemas sociales. Sistemas familiares.

Se adaptan. Negocian. Esperan el reconocimiento.

Yo nunca tuve esa paciencia.

Tres hojas moldearon mi vida.

La primera perteneció a un hombre que convirtió una idea descartada en uno de los nombres más reconocibles de la historia moderna: **King Camp Gillette**.

La segunda perteneció a mi padre — cuarenta años dentro de The Gillette Company — que me enseñó que la disciplina no grita; calibra.

La tercera es invisible. Me pertenece a mí. Atraviesa industrias, identidades, países, fracasos, éxito, escritura, silencio — y sistemas que todavía no saben dónde colocarme.

Este libro no es una celebración del éxito. No es un libro de memorias. No es un manual de negocios. No es literatura en busca de aprobación.

Es el registro de lo que sucede cuando un hombre deja de preguntarse a qué lugar pertenece y empieza a construir estructuras que obligan a la realidad a reconocerlo.

Algunos nombres venden productos. Algunos nombres desaparecen. Algunos nombres dejan huella mucho después de que la mano se haya ido.

Esta es la historia de tres hojas. Y de por qué un solo nombre nunca fue suficiente.

MORTADELA

Tenía cinco años, pero no era un niño como los demás. Con un padre como el mío, entenderás por qué.

Se marchaba cada lunes al amanecer y desaparecía toda la semana. Gillette lo tenía en acogida. Ella me lo devolvía solo el viernes por la noche, cuando tocaba el timbre y yo corría hacia él — primero para abrazarlo, después para «conducir» su Fiat 127 hasta el garaje. El coche de la empresa.

Dentro, él se sentaba en el asiento del copiloto. Yo me quedaba al volante. Nuestras conversaciones vivían en otra dimensión.

Me decía que tenía que hacer las cuentas de cabeza. Porque un día, si no encontraba una calculadora, me perdería. Y así empezaron los ejercicios.

«Nando… si 100 gramos de mortadela cuestan 800 liras y compro 120 gramos, ¿cuánto pago?» Respondí al instante. Era mi padre — solo años después entendí lo que estaba construyendo dentro de mí. Pero su amor era tan grande que nada pesaba si venía de él.

Luego continuó: «¿Y si compro 90 gramos? ¿Y ochenta y dos gramos?» Respuestas precisas, cada vez. No quería decepcionarlo. Ese instinto nunca me abandonó.

Años después, cuando estudiaba contabilidad, me hizo la pregunta del siglo: «Si compro a 100 y vendo a 120, ¿con qué recargo estoy trabajando?» «Un veinte por ciento», dije. «Bien».

«Pero si compro a 100 y vendo a 120, y quiero el margen bruto, ¿cuál es?» Me miró. No lo dejé hablar. «Un dieciséis por ciento».

No dijo una palabra. Sonrió. Y se fue.

Ese era mi padre. Uno de los hijos de Gillette.

Nando.

EL LADRÓN

La mayoría de los lectores — los honestos — se sentirán atraídos por el intento de entender qué es realmente un ladrón, cómo evoluciona, qué representa dentro de un rol que no es un rol en absoluto.

Pero cuidado: no estoy presentando la lista de los miembros del parlamento italiano, por encima de cualquier ideología política. Simplemente describo, desde la visión y la experiencia, a quienes cruzaron esa línea y lograron volver sin estallar, sonriéndole todavía a la justicia.

No pertenece a ningún oficio ni a ninguna profesión. La ley lo reduce a «delincuente», pero la palabra **ladrón**, dicha sin rodeos, no existe en el Código Penal de ningún ordenamiento jurídico del mundo.

Palabra de ladrón.

Lo que queda es un arte: ingenio, necesidad, oportunidad, un modus vivendi.

Los más famosos son los económicos y financieros. Los menos conocidos — y mucho más peligrosos — son los cognitivos y los sentimentales.

Ambos pagan un precio, pero el secreto está en un viejo principio criminal: antes de cometer el acto, primero hay que encontrar al culpable y producir las pruebas. Son los únicos elementos que

ofrecen una vía de escape probable — nunca absoluta. Solo después se puede planificar.

Un ladrón respetable conserva su anonimato. Nunca va a la cárcel. No se arrepiente. No confiesa. No comparte. Nació así: reservado.

La gente se siente atraída por él. Lo imprevisible siempre cautiva más que lo obvio, incluso cuando conlleva un riesgo no calculado.

Cuando la autoridad judicial se topa con uno, lo felicita. Y lo primero que busca no es el método — eso es para los curiosos — sino el botín.

Incluso aquí se revela la identidad del personaje: nunca guardes las ganancias dentro de tus propias fronteras. Y hoy las fronteras ya no son naciones — son continentes.

Una directiva europea de abril de 2026 ordenó que todos los bancos estuvieran conectados y fueran supervisados automáticamente por las autoridades fiscales de cada país de la comunidad. Los primeros ladrones se prepararon mucho antes.

Las alternativas siguen siendo los otros continentes — el único lugar donde un ladrón todavía tiene una razón para existir.

En cuanto a la Iglesia católica: ha modificado el séptimo mandamiento a lo largo de los siglos, pero nadie habla nunca de ello. En el Antiguo Testamento, la prohibición se refería a secuestrar a un israelita libre para venderlo como esclavo. Luego evolucionó hacia una prohibición general del robo.

Y cuando el delito se desplazó al terreno cognitivo, la literatura médica tuvo que inventar un término: **manipulación**.

Ya veremos qué inventa la literatura después. En cuanto a mí, espero hacerme famoso algún día por la primera acusación de

robo cognitivo literario.

Nando

EL GIMNASIO

Hay un hilo fino que mantiene unida a una pareja. Los «listos» dicen: **el dinero y el interés**. Los patológicos dicen: **el sexo**. Los que de verdad entienden dicen: **el gimnasio**.

¿Por qué? Porque esa respuesta resuelve el 95% de los problemas de pareja.

Dinero e interés

Solo sobreviven cuando no hay nada más que ofrecer. No es una bendición — es una limitación. Vives la vida al 50%. La mejor mitad se queda encerrada para siempre.

Sexo

El hombre es mecánico: necesita descargar, perder, vaciarse. La mujer es cognitiva: lee su cuerpo como un código secreto. No renuncia, no se somete, no se derrumba. Elige.

La parte interesante

Una pareja nace así:

Él piensa: «Soy su primero, su mejor, su único. Hice que se enamorara de mí. Estaré a la altura. Mi madre no me lo contó todo sobre las mujeres, pero me las arreglaré».

Ella piensa: «Bien. Esperemos que sea el último. Ya lo arreglaré. No es demasiado listo — ventaja. Es un hombre: tarde o temprano llorará en mi hombro».

La verdad de la mañana

Ella está desnuda frente al espejo. Conoce cada palmo de su cuerpo como un reino privado. Ve un centímetro de más, una curva que se desplaza, un pecho que baja la mirada hacia las rodillas. Y entiende: **su cuerpo es su valor añadido, su arma, su diplomacia.**

Así que va al gimnasio.

Pero como es cognitiva, empieza por descargar sobre él:

«¿Sabes? Anoche no eras el hombre con el que me casé. Tres minutos y ya estabas dormido. Roncaste. Tienes barriga. Y hace dos años que no ves a tu amigo».

Él entra en pánico a los doce segundos. «¿Qué debo hacer?»

Ella responde: «Vas a venir al gimnasio. Yo también iré. Así no te aburrirás».

Y aquí viene el problema

El gimnasio no es un lugar. Es un ecosistema. Y los ecosistemas atraen **malas compañías**. De las que convierten a un hombre en ladrón. Y entre ladrones, la gente honesta no sobrevive.

Luego llegan las traiciones. Y el precio es mucho más alto que la cuota mensual.

Todos conocen el resto. Contarlo solo abre heridas. Y este autor no abre heridas: regala sonrisas, pensamientos y esa gota de amargura que nunca se olvida.

Nando

AÑO 2025

El tren y la ayuda inesperada

En **Florencia** bajé del tren y me senté en un banco. Necesitaba tiempo para pensar.

Tirarme a las vías era técnicamente posible. Sin embargo, habría dejado sangre en la línea férrea. Alguien habría tenido que limpiarla.

En Italia hasta podrían cobrarte la limpieza.

Además, no me había perdido. El suicidio pertenece a quienes pierden sus puntos de referencia cognitivos. Mis referencias seguían intactas.

Mientras tanto, ver a una mujer hermosa cruzando la estación me recordó la vida. También me recordó las muchas experiencias que ya había vivido.

Poco después, entré en el bar de la estación y pedí hacer una llamada. Llamé a mi esposa y le expliqué mi decisión.

Le dije que iría a **Venecia** a ver a nuestros hijos. También le di la hora exacta de llegada.

La decisión me pareció lógica y racional.

Mis hijos eran — y siguen siendo — la extensión natural de la familia que creé.

Cuando volví al tren, el inspector se me acercó. Por desgracia, no tenía boleto.

Me dijo que tendría que bajarme del tren en la próxima parada. De lo contrario, llamaría a la policía ferroviaria.

En ese momento usé tres herramientas: **capacidad, creatividad y solución**.

Le expliqué con calma que obligarme a bajar del tren podía crear un problema mayor. Le dije que podía tirarme a las vías y detener el tren durante horas.

De repente se quedó callado.

Entonces le pregunté cuánto tardaríamos en llegar a la próxima estación.

«Al menos una hora», respondió.

Durante esa hora ocurrió algo inesperado.

Frente a mí estaban sentadas dos mujeres de la Toscana. Enseguida entendí que eran profesoras universitarias que viajaban a un congreso.

Al principio, solo intercambiamos comentarios sencillos. Sin embargo, la curiosidad pronto ocupó el lugar de la distancia.

Unos treinta minutos después, una de ellas regresó.

Tenía un boleto de tren en la mano.

Mi boleto.

Una vez más, las mujeres fueron mi fortuna inesperada. Nunca he negado esta realidad.

El ser humano llamado mujer encierra una profundidad que muy pocas personas comprenden del todo.

Antes de bajar del tren, me dio su dirección de correo electrónico. Yo quería devolverle el dinero más adelante.

Sin embargo, la vida siguió y nunca ocurrió.

Venecia y la segunda partida

Por fin, el tren llegó a **Venecia**.

Desde lejos vi a mis hijos.

Vincenzo, 193 cm. Francesco, 188 cm.

Sobresalían por encima de la multitud en el pasillo.

Vinieron a llevarme a casa y a reubicarme.

Pronto me ayudaron a reconstruir una estabilidad básica. Me di una ducha, me puse ropa limpia, comí y descansé.

Después empezaron las preguntas. Muchas preguntas.

Son, de verdad, los hijos de su madre.

Cuatro meses después, el **27 de junio**, apareció otra decisión. El viejo instinto familiar intentó arrastrarme de vuelta.

Querían que volviera a mi profesión anterior.

Gerente.

Nando

SECUELA

Sin embargo, yo no retrocedo.

Nunca lo he hecho.

Al contrario, afronto el fracaso avanzando.

Con el poquísimo dinero que me quedaba, compré un boleto de avión.

Destino: **Portugal**.

No tenía un plan preciso.

Aun así, sabía cómo moverme.

Lisboa y el principio de todo

Primero llegué a **Oporto**. El albergue alojaba a veinticuatro personas que dormían en el mismo espacio.

Mis recursos casi se habían agotado.

Por eso me desplacé al sur, donde la vida cuesta menos. Llegué a **Beja**, a unos quinientos kilómetros.

Sin embargo, después de una noche volví a **Lisboa**.

El **3 de julio** por fin encontré una cama.

Habitación compartida. Apartamento compartido.

Nueve personas viven en treinta y cinco metros cuadrados.

Culturas e idiomas diversos llenaban ese espacio.

Las condiciones se parecían más a una choza africana que a una casa moderna.

El precio era de **230 euros al mes más un depósito de 100 euros**. Lo pagué todo.

Después de ese pago no me quedaba dinero.

Sin comida.

Solo un lugar donde dormir.

Aun así, aquel periodo resultó esencial. Puede resumirse en tres puntos:

a) perder **veinte kilos** y transformar mi alimentación; b) sobrevivir con solo **setenta euros al mes**; c) dar forma a los proyectos editoriales, al menos como borradores.

Me quedé allí hasta el **22 de noviembre de 2025**.

Al final decidí volver a Italia. Ciertas garantías hacían pensar que por fin podía haber condiciones sostenibles.

Esperaba que funcionara.

Aun así, seguía listo para marcharme de nuevo si hacía falta.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

Del **9 al 26 de diciembre**, en solo **17 días**, todo cambió.

Los tres años anteriores se convirtieron de golpe en preparación.

Ahora el mundo podía verme.

Y yo, por fin, podía verlos a ellos.

Sin intermediarios.

Sin plataformas que controlaran el proceso.

Sigo siendo libre dentro de mi acción.

Sigo siendo yo mismo.

Feliz Navidad. Papá.

Reflexión del autor

Al volver la vista a 2025, ya no veo un año de ruptura. Veo, en cambio, un año de clarificación.

Irme sin nada me obligó a medir la distancia entre posesión e identidad. El dinero, la comodidad y la certeza desaparecieron

rápidamente. Sin embargo, quedó algo más fuerte.

La identidad sobrevive cuando todo lo demás se derrumba.

Aquellos meses inestables actuaron como un filtro. Las ilusiones desaparecieron. Las expectativas se disolvieron. Los papeles prestados cayeron por fin.

Lo que quedó era lo esencial.

Libertad.

Los proyectos que siguieron no surgieron de una estrategia. Crecieron, en cambio, a partir de la necesidad.

Al final, aquel año no destruyó nada.

Reveló lo que ya estaba ahí.

ENSEÑANDO A LOS CUBANOS

Cuando aterricé en Miami, ya sabía que en esa ciudad no quedaba mucho de «americano». El lugar era Cuba con mejor aire acondicionado. El taxista que me recogió era cubano, por supuesto. Lo primero que me pregunta: si estoy solo y si quiero compañía. Ni supermercados, ni centros comerciales, ni la América de postal. Otro mundo por completo.

Esa primera noche, mientras estaba solo en casa, alguien llamó a la puerta. La policía. Me sorprendieron, pero no venían a causar problemas. Venían a informarme de que tenía una cita a la mañana siguiente en el Consulado americano. A las diez y media en punto.

Al día siguiente llegué puntual. Un hombre de unos cincuenta años abrió la puerta y me dijo que pronto conocería a la consultora. Entonces apareció ella: alta, delgada, rubia, elegante,

perfectamente arreglada. Me estrechó la mano y me recordó que nos habíamos conocido años atrás en Roma, cuando trabajaba en el Ministerio de Educación como primera directora ejecutiva.

«Claro que me acuerdo de ti. ¿Cómo estás?», le dije, sinceramente feliz de volver a verla.

Desde ese momento, nadie en Roma entendió jamás por qué rechacé su oferta sin preguntar siquiera por el sueldo. Era una oferta grande, seria — demasiado seria para un hombre sencillo como yo, más allá del dinero, más allá de la ambición.

«Me gustaría que trabajaras al menos 30 días en un proyecto de formación y comunicación para jóvenes gerentes cubanos. Tendrás todo lo que quieras y más. Por favor, no digas que no».

Las clases serían de 10 a 12 y luego de 2 a 5.

Recuerdo la primera clase: unas cincuenta personas, mitad hombres, mitad mujeres, todos profesionales. Después de las presentaciones de rigor — nombre, apellido, edad dichos en voz alta — empecé a calentar mi español contando chistes cubanos. Todos querían saber de qué parte de Cuba era yo.

El primer momento real de reflexión llegó cuando subrayé la diferencia entre *enseñar* y *comunicar* — algo que muchos italianos ni siquiera entienden.

Los días pasaron volando y, al final, todo terminó con un pastel que los alumnos habían hecho para mí. Estaban felices por los 30 días que habíamos pasado juntos. Todos querían mi número de teléfono. Se quedaron impactados al saber que no bebía, no fumaba, no me drogaba.

En mi juventud había sido jugador de rugby — una mentalidad de deportista. Mientras tanto, la consultora italiana me invitó a cenar

para celebrarlo y para entender por fin qué se había estado perdiendo. La gente estaba tan apegada a mí que sencillamente no podía olvidarme.

Soy un hombre afortunado, siempre con dos posibilidades delante: la primera, una mujer maravillosa que me invita a cenar después de 30 días de silencio; la segunda, la voz de mi destino que me dice que es hora de irme.

Un beso ritual, una despedida, y ella me pregunta: «¿Adónde vas? ¿Me dejas sola?»

Le di un beso de despedida. Me fui. Y nunca miré atrás. La libertad siempre me ha costado más que la comodidad.

Nando

LOS PLÁTANOS

Lección aprendida

Mi nueva rutina alimentaria, en la tercera fase de mi vida, incluye plátanos por la mañana. Cuando se acaban la noche anterior, el día siguiente empieza con un vacío.

Una mañana de diciembre de 2025 fui al frutero de debajo de mi casa. Lo conozco desde hace más de cuarenta y cinco años. Me saludó, me dijo «bienvenido de nuevo» y me preguntó qué necesitaba.

— Plátanos. Si tienes maduros, aunque sean de los baratos, los prefiero. — No, solo puedo darte estos — respondió.

Precio: 1,45 € por kilo. Verdes o amarillos, a mi elección.

Pedí una bolsa de 5 €. Llevaba a mi perro conmigo, y por aquí entrar en una tienda con un perro sigue siendo un tabú.

De vuelta en casa, la curiosidad — hija de una infancia pasada en la pobreza — me empujó a pesar la bolsa. 2,752 kg. Debería haber pagado 3,99 €. Nadie había mencionado el euro restante.

Soy un buen hombre. Tolerante. Pensé que era un error. Pero cuando nace una duda, hay que verificarla.

Tres días después volví. La misma rutina. Perro incluido.

— Plátanos por 1 €. Me dio cuatro pequeños.

Mi amigo de la heladería me esperaba con su balanza. 0,456 kg. Costo real: 0,66 €. Cambio que faltaba: 0,34 €.

El primer episodio fue una duda. El segundo fue la verificación. Necesitaba un tercero para llegar a la certeza.

Esa misma tarde volví. La misma escena. Pagué 5 € otra vez.

Esta vez me esperaba mi amigo de la agencia de envíos. Balanza profesional. 2,90 kg. Costo real: 4,20 €. Se quedó con 5 €. Otra vez sin cambio.

Pasaron los días. Tenía que tener en cuenta al hombre, el contexto, el entorno. Un enfrentamiento directo podía crearle problemas a mi familia. Hay gente que no reacciona a las palabras.

Pero me llamo Frega. Y dejarme robar no está entre mis inclinaciones.

Mi venganza tomó otra forma.

Cinco días después, volví sin el perro. Pregunté por el dueño — el padre, unos años mayor que yo.

— Oye, un amigo me dijo que la última vez los plátanos le parecieron demasiados. Los pesé en casa: 3,90 kg. Al precio marcado tendría que haber pagado 5,65 €. Tú solo me cobraste 5 €. He venido a darte la diferencia.

Y le tendí 0,65 €, bien a la vista.

— A menos que haya sido un descuento, ya que nos conocemos desde hace cuarenta años.

Abrió mucho los ojos. Su mujer y sus hijos se quedaron paralizados. La experiencia lo salvó.

— Fue un descuento — dijo — para un cliente especial.

Volví a guardarme las monedas en el bolsillo.

— Gracias — respondí. — Pero ya no volveré a comprar aquí. Estas atenciones de «cliente especial» me ponen en una situación difícil. No tengo motivos para recibirlas. Ninguna justificación. Gracias de todos modos.

No pudo decir ni una palabra. Lo había entendido todo.

En los días siguientes pasé por delante de la tienda. Ningún comentario. Solo miradas bajas. Decían lo que nunca tuvieron el valor de decir: perdón.

La moraleja es sencilla: de un hecho negativo siempre se puede extraer uno positivo. Así funcionan mis éxitos.

Así soy yo. Y sigo comiendo plátanos.

Nando

SECUELA

Eran las 3:23 de la madrugada. Noche fría. Silenciosa. Sonó el interfono. Todos se despertaron.

Mi hija susurró: «Han venido a arrestarte. Tu maleta de ruedas siempre está lista detrás de la puerta de tu dormitorio».

No creía mi historia. No había leído la verdad. No confiaba en mí. Ni siquiera resultaba creíble. Solo había interpretado palabras. Y ese era el verdadero dolor.

Contesté el interfono. Una voz dijo: «Perdona la hora, pero necesito hablar contigo. Soy el frutero de cerca de tu casa».

Lo dejé entrar. Tenía casi ochenta años. Para cuando me puse la bata, ya estaba sentado en la habitación más grande de la casa. La sala de estar.

Estaba destrozado emocionalmente. Llorando. Yo no sabía por dónde empezar.

Me pidió una sola cosa: «Cuando empiece a hablar, por favor, no me interrumpas».

No lo hice.

«Anoche tuvimos aquel momento. Te acuerdas. Querías pagarme sesenta y cinco céntimos por los plátanos, y yo te hice un descuento».

«Me acuerdo», dije.

«Después de que te fuiste, me senté a la mesa con mi familia. La lección que me diste fue dura. Para mí. Para un hombre de mi edad».

«Solo quiero saber si me perdonas. Y pedirte perdón».

Sostenía un pañuelo de tela y se secaba una lágrima que volvía una y otra vez.

«Perdona la hora. No podía dormir sin verte antes. Y encontrarte no fue fácil. Buscamos tu nombre en internet. Aparecieron tres sitios web. Todos en inglés. No entendemos lo que dicen. No venden nada. No piden nada. No entendemos qué son esos sitios».

Se rio.

Me levanté. Le pedí que se pusiera de pie. Lo abracé con fuerza.

Le dije que yo no era profesor. Ni maestro. No podía dar lecciones a nadie. Solo había aplicado el sentido común de un padre, en el que las reglas y los principios van antes que cualquier lógica económica.

Al irse, me preguntó si volvería a su tienda. Le respondí:

«El pasado enseña. El presente nunca se olvida. El futuro vive en nuestros sueños, donde vemos quiénes queremos llegar a ser».

«Yo estoy más allá del futuro. Porque estoy construyendo riqueza generacional, no bienes aproximados que heredar».

No entendió del todo lo que quería decir. Ese era mi lado cognitivo — aquel en el que, dentro de unas pocas palabras, no hay nada, pero si escuchas con atención, está todo.

Nando

A LAS PUERTAS DE LA MUERTE

Un momento en el que un hombre comprende que la vida ya ha elegido por él.

El diagnóstico

Cada vez que cuento una historia vivida, primero sonrío y luego me pregunto cómo sobreviví a ella. La situación era irracional, casi surrealista. Sin embargo, moldeó mi vida y, por eso, me siento obligado a contarla.

Enero de 2007. Estoy fuera de un laboratorio clínico esperando los resultados de la intervención. Me habían extirpado siete carcinoides del intestino delgado tras dos operaciones separadas por apenas treinta días.

Una señora de la limpieza a la que conocía de vista se me acercó en silencio.

«Lo siento», dijo. «He oído... tumores malignos. Debería ver al oncólogo».

En ese momento, la muerte se presentó como la posibilidad más inmediata. Sin embargo, la razón intervino enseguida.

Pensé en mi hija con discapacidad. Huir ya no era una opción. Por lo tanto, tenía que seguir vivo, construir su presente y proteger su futuro.

Poco después, el oncólogo lo confirmó todo: tumores neuroendocrinos, una esperanza de vida de aproximadamente treinta días.

Con esas palabras en la cabeza, caminé por una playa desierta. Mientras tanto, el viento me golpeaba la cara y las olas susurraban algo que todavía no podía entender.

La decisión

28 de enero.

Fui en coche a Nápoles en busca de viejos amigos y antiguos clientes. Necesitaba dinero y un nuevo comienzo. Sin embargo, nadie invirtió ni un solo euro.

En cambio, se limitaron a ofrecerme cenas en restaurantes.

Unos días después, el 6 de febrero, me encontré en Nápoles con solo 275 euros y sin tarjeta de crédito. Según el diagnóstico, me quedaban quince o veinte días.

En la salida de la autopista tuve que elegir entre el sur y el norte.

Entonces llamó mi esposa.

«Vuelve a casa».

Creía que estaba hablando con la depresión. Sin embargo, no podía ver lo que la tormenta hormonal estaba haciendo dentro de mi cuerpo.

Así que elegí el norte.

Rumanía

Dos días después llegué a Brasov, en Rumanía — el condado de Drácula.

El viaje no tenía que ver con una mujer. Al contrario, fue puro instinto.

Me quedaban veinte euros en el bolsillo. Suficientes para morir. Desde luego, no para reconstruir.

Aun así, decidí reconstruir.

En un bar pedí un capuchino y un cornetto. Las mujeres rumanas, lo noté de inmediato, poseían una belleza poco común. Sin embargo, a los hombres del lugar a menudo les faltaba galantería.

La camarera se dio cuenta de que no tenía cambio. En lugar de echarme, me escuchó. Hablamos durante tres horas.

Al final lloró e incluso me ofreció dinero.

Lo rechacé.

En cambio, le hice una sola pregunta:

«¿Dónde está el casino?»

Señaló calle abajo, desconcertada.

Entré con veinte euros. A las cinco de la mañana salí con cuatrocientos cincuenta.

Nando

SECUELA

Reconstruir

Poco después alquilé un apartamento en un cuarto piso por 280 euros. La camarera garantizó el pago.

Por la tarde conocí a varias chicas que trabajaban en las estaciones del metro. Mientras tanto, empecé a construir amistades.

Luego vino una compra en el supermercado. Ciento cincuenta euros de comida aparecieron sobre el mostrador. Sin embargo, solo pagué doce. El atún me salió a mitad de precio, y el carnicero me regaló la carne.

El casino se convirtió en mi banco nocturno. Mientras tanto, mi apartamento se fue convirtiendo poco a poco en un lugar de encuentro.

Los sabores calabreses se turnaban en la mesa. Circulaban historias. Y la vida volvió a empezar en silencio.

Un regreso que nunca ocurrió

Diciembre de 2007.

La muerte se había olvidado de mí.

Mi esposa volvió a llamar.

«Vuelve a casa con urgencia».

Me quedaban doce euros. Sin embargo, un vale de una aerolínea me permitió salir de Bucarest.

El vuelo a Reggio Calabria se frustró en el aire. En su lugar, nos desviaron a Zúrich.

En el aeropuerto volví a improvisar. En la sala de British agarré el micrófono del puesto de la fila y empecé a cantar.

Las azafatas se rieron.

Poco después me dieron un vuelo a Londres — más cien libras.

Londres, París, Roma, Nápoles.

Cada paso exigía inventiva. Cada momento exigía temple.

Finalmente llegué a casa siete días después.

Las consecuencias

Mi esposa estaba furiosa.

«¿Dónde estabas? ¿Con tus chicas?»

Sonreí.

«Menos mal que existen», dije. «Si no, todavía estaría atrapado en Zúrich».

Poco después empecé una nueva actividad: una agencia de trabajo temporal, construcción y servicios de seguridad. Seis empleados pusieron en marcha el proyecto. Cada mes se reinvertían las ganancias.

Sin embargo, pocos creían en ello.

El derrumbe

En 2008 volví a Rumanía.

La agencia llegó a tener 258 empleados europeos. La construcción colaboraba con una multinacional italiana. Mientras tanto, la seguridad operaba en la soldadura atómica.

Aprendí el rumano, lo leía, lo escribía y lo hablaba. Las historias y los chistes me abrían todas las puertas.

Luego, en diciembre, lo regalé todo y me fui.

Las mujeres protestaron.

«Sin ti, nada sobrevivirá».

Tres meses después, todo se derrumbó.

¿Por qué?

Porque el hambre no se delega. La experiencia no se transfiere. Y la ética del trabajo no se regala.

La verdadera lección

El italiano sin dinero, apoyado por mujeres rumanas, puede sonar a sueño.

Sin embargo, la realidad enseña algo más duro.

El hambre verdadera solo aplaude a quienes la llevan dentro.

Nota final

Cuando nací, me dieron un apellido como el mío — **FREGA** — un nombre a menudo asociado con ladrones y estafadores.

Durante sesenta y un años he intentado demostrar lo contrario.

Porque los nombres no nos definen.

Las marcas, en cambio, sí.

Y una marca solo se construye con acciones.

Nando

SIN ROPA INTERIOR

Ayer había sido un día exigente, pero también resolutivo — como de costumbre. Nunca he malgastado mi tiempo sin propósito: mi tiempo cognitivo sigue reglas estrictas; el femenino no sigue ninguna.

Y, sin embargo, me fui a la cama solo porque mi esposa había decidido tomarse una «pausa». Perdón — *menopausia*. Yo me reí. Ella no.

Mi hija no perdió la ocasión de recordarme que a los 61 era «viejo», y que no tendría ni la fuerza ni el valor para manejar a una mujer en el terreno íntimo — seguro que me derrumbaría. Es mi hija, mi vida. Bastó una sonrisa para decirlo todo. Pero no pude resistirme a soltarle una frase:

Muchos lo usan solo para ir al baño. Otros se hacen los héroes. Otros, para generar pensamientos. Otros se convierten en padres y

luego en amantes. Y otros simplemente lo miran.

Yo lo he convertido en una herramienta de trabajo a tiempo completo — y los impuestos se retienen en origen.

Ella estalló en carcajadas, imparable. Mi esposa, desde la otra habitación, confirmó su veredicto de siempre: «Eres el Diablo». Me parece justo.

Me había desvestido para irme a dormir — eran las 11 de la noche. Me puse ropa deportiva cómoda. Diez minutos con el teléfono, como cada noche, y luego a dormir.

Hacia las 5 de la mañana, algo se cayó. Tenía frío. Llevé la mano hacia abajo, a los pantalones y la ropa interior — ambos habían desaparecido.

¿Quién había sido? No había habido fiesta, ni invitados, ni invitaciones. Entonces, ¿quién había abierto la caja fuerte?

Comprobé con cuidado que las joyas de la familia siguieran presentes e intactas. Entonces me di cuenta de que mi «viejo amigo» se había despertado antes que yo, convencido de que había trabajo que hacer.

El trabajo sí llegó — pero no del tipo que estás imaginando. Del tipo para el que vivo: **contarte una historia verdadera y hacerte sonreír.**

Nando

UNA MUJER RUSA

Junio de 2006 — El comienzo

Dirigía mi propio negocio mayorista—cuidado del hogar, cuidado personal, ilusiones de grandeza. Me creía fuerte. Solo era arrogante.

Julio, Rímini. Una feria comercial llena de excompañeros, clientes, amigos y mujeres. Demasiadas mujeres. Fue entonces cuando entendí para qué existen las ferias: dices «trabajo», pero es solo una coartada para desaparecer en otras habitaciones.

Nunca representé el papel del marido triste con las azafatas. No es mi estilo. Siempre dije que amaba a mi esposa, y que ella me amaba a mí—porque volvía a casa con dinero, experiencia y ninguna sorpresa transmisible.

Esa noche llamé a una profesional. Dos horas de su tiempo, limpias, sencillas, de bajo riesgo. O eso creía yo.

Llegó: hermosa como el mar en invierno, cuerpo perfecto, presencia imponente. Me pidió el dinero de inmediato—no era médica; era algo más parecido a una paramédica.

La tomé del brazo y le dije que se preparara: la iba a llevar al mejor restaurante de la ciudad, y quería comprar sus próximas 24 horas.

«¿Cuánto me das?» Le entregué todo lo que llevaba en el bolsillo. Empezó a contar, perdió la cuenta y comprendió que había entrado en otra liga.

Me preguntó si tenía adicciones, desviaciones, juegos raros. Le dije que era un hombre criado por el deporte, formado por una multinacional, y un espectador de la vida sin licencia.

Se relajó. Fuimos caminando al restaurante—rechazó el taxi. Llamó a una amiga para que se uniera a nosotros. Lo entendí: país extranjero, precaución. Me parece justo.

La cena fue tranquila, casi romántica, pero me mantuve cognitivo. Antes de confiarle las joyas de la familia, necesitaba saber quién era.

De vuelta en casa, me asaltó en el pasillo. No hubo tiempo para la cama. Consumimos todo lo obvio y todo lo que va más allá.

Ocho horas después me marchaba. Me pidió que no me fuera. Así que le hice una promesa: «Antes de que acabe el año, te llevaré a Rusia a ver a tu familia». No me creyó. Le pedí su correo electrónico. Me lo dio.

Nando

San Petersburgo — El descenso

Noviembre de 2006. Le escribí un correo electrónico: listo para volar a Rusia, mándame tus datos bancarios. Ella seguía sin creerme. Así que envié dinero a su familia.

Boletos. Visado. MILÁN–SAN PETERSBURGO.

En Malpensa me pidió más dinero. El tono cambió—de la cordialidad al poder. No me gustó.

El vuelo fue silencioso. Su madre nos esperaba en el aeropuerto. Me llevaron a un apartamento. No está permitido ningún hotel.

Fuimos al mercado, compramos comida y cenamos con la familia. Luego ella se fue. Yo me quedé encerrado dentro.

A la mañana siguiente intenté abrir la puerta. Cerrada con llave. No era un secuestro—solo una contención controlada.

Llegó a las 11, sonriendo. Por la tarde estaríamos invitados en una dacha a las afueras de la ciudad.

Su amiga y un tipo nos recogieron. Nieve por todas partes. Llegamos a la casa del coronel del KGB de su padre.

Mi inglés sostenía las conversaciones. La villa era magnífica. Hasta el grifo del bidé era de oro.

Cada plato, refinado; cada momento, acompañado de un vino distinto. Luego me llevaron a la sauna de los hombres, a cien metros de allí. Fuera, menos 20 grados. Después de la sauna nos quedamos de pie, desnudos, en la nieve. Una tradición rusa. No pregunté qué venía después.

Esa noche dormí solo, en una habitación preciosa llena de micrófonos. Ella durmió en otro sitio.

Por la mañana: desayuno con el coronel. Luego me enseñó sus coches, sus motos, y me paseó en coche por la dacha con un pug bajo el brazo.

Por la tarde: de vuelta a San Petersburgo. Por la noche: ella intentó dominarme, controlarme. No tenía ni idea de quién era yo.

Al día siguiente recorrimos en coche la avenida principal—20 km de tiendas, marcas, riqueza. No era una ciudad pobre. Solo por detrás de Moscú.

Cena con la familia del coronel: veinte tipos de caviar, comida sin fin, cien dólares por persona. Luego, de vuelta a mi prisión. Ella volvió a cerrar la puerta con llave y se fue.

Al día siguiente volvió. Salí un momento, tomé un taxi y escapé—dejando atrás todas mis maletas.

Me llamó como una loca. Por fin contesté: «Estoy en el aeropuerto». Llegó con su madre. Me arrancaron dinero con la amenaza de denunciarme a la policía. Pagué. Subí al avión. Volé a Milán.

La pesadilla había terminado. Pero ella había entrado en mí, y lo sabía.

Nando

Regreso a la vida — La salida

De vuelta en Italia. Me subí al coche para ir a Turín por trabajo. Ella llamó.

Su voz era distinta, dulce, educada, delicada. La magia de las personalidades femeninas. Sabía que era peligrosa. Ceder significaba perderme.

No dejaba de llamar. Me pidió que la recogiera en el aeropuerto el jueves a las 18:00. A las 17:00 yo estaba en la autopista Turín–Piacenza. Habría sido fácil cambiar de dirección y llegar hasta allí.

En cambio, cerré. Y entendí algo definitivo:

Las mujeres son fuertes. Cuando quieren algo, lo toman—sin pedirlo.

Reflexión posterior

Salimos de la sauna desnudos, a la nieve. Menos veinte grados. Un antiguo coronel del KGB me sonreía. Hombres rusos riendo como si nada.

Y por primera vez en aquel viaje, me golpeó un pensamiento sencillo:

Si esto sale mal… ¿a quién llamo?

La respuesta llegó más rápido que el miedo:

A nadie.

Ese fue el momento en que entendí la verdad: no estaba en peligro. Estaba fuera de mi mundo.

Y cuando sales de tu mundo, no recibes protección. Recibes consecuencias.

Nando

EL CEMENTERIO

Era mayo de 1975. Tenía diez años cuando crucé aquel umbral por primera vez. Creía que entraba en un lugar de dolor. Solo era un niño. En cambio, descubrí que contenía solo dos cosas: un cuerpo y un recuerdo.

El cuerpo quedaba sellado dentro de una caja de cemento — si tenías suerte. En Italia eso era lo normal; en otros lugares los rituales cambiaban, pero solo por razones culturales, nada más.

El recuerdo vivía dentro de la fotografía. La gente que pasaba te reconocía o te veía por primera vez. Todo lo que quedaba de ti estaba atrapado en esa imagen, y las flores decían una sola cosa: *No te he olvidado.*

Pero como yo nunca he sido como los demás, quedarme en este análisis habría sido un copiar y pegar de lo que dice todo el mundo. Así que miremos el cementerio desde otro ángulo: **un lugar de entretenimiento.**

Por algo la gente repite esa frase: *en los funerales la gente ríe, en las bodas la gente llora, y después… bueno, nadie habla de ello,*

pero los divorcios están hechos de pura desesperación y soledad. Ahahahah.

Lo primero que me viene a la mente es cuando tenía dieciséis años y jugaba al rugby. Las hormonas por delante, el mundo femenino por detrás, y el presidente de mi club siempre listo con sus «consejos».

Me dijo que los cementerios eran un lugar estupendo para conocer mujeres. Lo miré y, curiosamente, tenía sentido. Pero no tuve el valor de intentarlo — no a esa edad.

Avancemos hasta un domingo de verano de 1986. Tenía veintiún años. Entré en el cementerio de Cosenza — no era mi ciudad, no era mi cementerio — pero la tormenta hormonal seguía fielmente detrás de mí.

Me paré a charlar con el guardián. Mis preguntas lo sorprendieron: quería entender la dinámica, cómo se movía la gente, sobre todo las mujeres. Luego le di las gracias y le dije: «Hasta pronto». Él preguntó: «¿Dónde?» «Aquí», le dije. «Incluso cuando estemos muertos, todos acabamos volviendo aquí».

Y entonces la vi. Una mujer de cuarenta y cinco años, vestida de negro, bajita, rellenita, de pie frente a un nicho de la segunda fila, llorando. Me acerqué en silencio. Le hablaba a él — sin duda su marido — y le preguntaba por qué la había dejado tan pronto.

Solo había una cosa que hacer: me puse a su lado y también me eché a llorar. Eso le bajó de inmediato las defensas y planteó la pregunta obvia: *¿Quién demonios es este tipo?*

Cuarenta minutos después estábamos en un bar tomando un café. Y cuando mi pequeña fantasía de embaucador terminó su recorrido, me encontré en su casa.

Digamos simplemente que la situación fue a más. Pero lo único que de verdad me molestaba era la foto del marido en la mesita de noche, mirándome como si dijera: *Si estuviera vivo, te las verías conmigo*. Ahahahah.

Nunca repetí el experimento. Pero debo admitir que fue toda una experiencia. No me costó nada. Solo un dólar — el precio del café.

Nando

EL DIVORCIO

Quienes me conocieron de joven — e incluso después, dentro de mi yo en evolución, creativo, social, profesional, de identidad cambiante — no habrían apostado ni un solo dólar por la supervivencia de mi matrimonio. Los optimistas, los verdaderos soñadores, me daban **tres años**. Como máximo.

Hoy les doy las gracias. Estuvieron cerca. El número *tres* era correcto. Solo se les escapó una cifra.

Han pasado **33 años**. Felizmente casado. Y, felizmente, libre.

Cuando la gente me pregunta por mi estado civil — soltero, casado, divorciado, viudo —, les doy la única respuesta que tiene sentido en los Estados Unidos de 2026: **solo acepto compromisos a plazo fijo.** Todo lo demás es marketing.

Y cuando los divorciados — los fugitivos en serie — me piden el secreto, les cuento mi relato de los orígenes. No el romántico. El antropológico. El que suena como una charla TED pronunciada con un bate de béisbol.

Dice así.

Al principio, el ser humano primitivo — llamémoslo **Chat**, por comodidad — no estaba hecho para la vida doméstica. Le gustaban el silencio, el espacio y el derecho a respirar sin una reunión de comité.

Luego llegaron las migraciones. Las culturas se mezclaron. La gente se conoció. Y de repente el mundo descubrió algo impactante: **los seres humanos funcionan mejor cuando dejan de fingir que están solos.**

Pero aquí llega el punto de inflexión.

Un día Chat se fue de caza. Ella se fue a recolectar — flores, colores, ideas, mejoras. Renovó la cueva. Él volvió y no reconoció el lugar.

Conflicto. Voces alzadas. Límites cruzados. Y nació el primer divorcio de la historia: **traslado inmediato. Cueva nueva. Sin apelación.**

La noticia corrió rápido. Hasta los animales hablaban de ello. Todos entraron en pánico. Porque cuando las relaciones se derrumban, todo el ecosistema lo nota.

Pero la humanidad es testaruda. La gente volvió a buscarse. No por dominio. No por miedo. Sino porque la conexión — la de verdad — es lo único que sobrevive al tiempo.

Luego llegó la religión e industrializó el concepto de matrimonio. Un sistema. Una estructura. Un contrato con más cláusulas que un acuerdo de confidencialidad de Silicon Valley.

Deberían haberlo llamado **LA INSTITUCIÓN DEL CAOS HUMANO**, pero el marketing volvió a ganar.

Y esta es mi conclusión americana, la que digo en todos los idiomas que conozco:

El divorcio rara vez es la solución. No porque el matrimonio sea perfecto — no lo es. Pero si no estás preparado para vivir dentro de él, pagar el precio de tu propio error es lo único honesto que queda por hacer.

Nando

UNA HISTORIA PARA REÍR… QUIZÁS.

Carlo nació hace cincuenta años, un alma gentil con una tartamudez que nunca lo abandonó — ni siquiera ahora, convertido en un hombre adulto que finge serlo.

Una noche nos invita a cenar a su casa. Conversación de rutina, vino en la mesa y, de repente, su esposa Angela empieza a contar historias de sus primeros tiempos.

Todos nos inclinamos hacia delante. Porque al Carlo que ella describe… ninguno de nosotros lo había conocido nunca.

«Salíamos juntos», dice. «Yo trabajaba en una farmacia. Carlo me esperaba fuera hasta que terminaba mi turno. Siempre perfumado, siempre bien vestido».

Hasta aquí, todo normal.

«Pero los tres primeros días», continúa, «me llevó directamente de la farmacia a mi casa. Sin desvíos. Sin iniciativa. Éramos jóvenes, con la sangre hirviendo, y él era… demasiado educado. Demasiado correcto. Demasiado Carlo».

La cuarta tarde ella le pidió conducir su coche. Él aceptó.

Lo llevó bajo los Tres Puentes — el lugar clásico adonde iban las parejas jóvenes a besuquearse. Carlo se quedó paralizado como un ciervo ante los faros.

Susurró, aterrorizado: «Yo... yo no llevo ninguna... protección».

Ella le dijo que no se preocupara, que usaba un anillo anticonceptivo. Y Carlo, aliviado, dijo:

«Perfecto. Entonces, cuando nos casemos, no tendremos que comprar los anillos de boda».

Ella pensó que estaba bromeando. Se casó con él de todos modos. En casa, dice, «no estaba mal... pero digamos que tuve que enseñarle mucho». Y ahí se detiene. Menos mal.

Meses después se queda embarazada. Un día rompe aguas. Lo llama: «Ven a buscarme. Ya».

Carlo llega con... el fontanero. El hombre lleva una cuerda en la mano, y los dos buscan por toda la casa la «fuga de agua».

Ella lo deja pasar. Él la lleva al hospital. Ella da a luz a cuatrillizos.

Carlo está fuera, fumando como una chimenea, presumiendo ante todos — «¡Cuatro hijos! ¡Eso no lo consigue cualquiera!»

La partera se le acerca y le dice, con mucha calma:

«Señor Carlo... de los cuatro bebés, uno es negro».

Carlo deja de reír. Pide ver al médico.

Pide explicaciones. Pide ciencia, genética, estadística, intervención divina y un abogado.

Interroga a sus amigos. Estudia el ADN como si preparara un doctorado. Considera todos los escenarios, incluido el apocalipsis.

Al final llega a su conclusión: un antiguo novio de Angela debió de dejar… «un residuo». Y ese residuo esperó pacientemente su momento de gloria.

Todos seguimos sentados a la mesa, suspendidos entre la incredulidad, la comedia y la posibilidad — remota pero deliciosa — de que una parte de todo esto pudiera ser cierta.

Carlo escucha en silencio. Angela, hermosa como el sol de medianoche, lo cuenta con tal convicción que hasta los muebles le creen.

Nadie supo nunca cómo terminó realmente la historia.

Pero cuando salíamos de la casa, los cuatro niños corrieron a despedirse. Tres blancos. Uno negro.

Miré a Carlo y le dije:

«Cuando te casaste… ¿al menos acertaste con la talla del anillo?»

No lo entendió. Y ahí quedó la cosa.

Nando

EL MATRIMONIO

Nunca estuve hecho para los formatos. Ni al nacer ni a los 62. Mis pensamientos siempre han marchado en línea recta hacia la acción, y las palabras que quedaban atrás sobrevivían solo como ecos — un tono, un gesto, un silencio que decía más que la frase.

Y empezó cuando observaba a las parejas de principios de 1900. Matrimonios sólidos, vidas largas y traiciones gestionadas con la filosofía más antigua jamás inventada: **si el corazón no lo ve, al ojo no le duele.** En aquella época, engañar era una inversión familiar. Los hijos eran el subproducto, el trabajo era el destino y

las bodas eran el único gasto real — los sobres pagaban la fiesta, el resto corría por cuenta de la pareja. Dicen que era porque no había televisión. Ni programas de entrevistas. Ni distracciones. Solo comida, intimidad y la verdad primitiva de ser humano.

¿Y qué hice yo? Empecé a casarme. En todas partes.

Polonia, 1985. La fase previa a la boda era una obra maestra: ella te lo daba todo, los parientes te adoraban y todos sonreían porque sabían que, después de la ceremonia… **estabas por tu cuenta durante los siguientes 50 años.**

Y como me crie ocho años en un internado católico, insistí en dos fases: primero el rito espiritual, después el papeleo legal. Mucho después. Demasiado tarde. De hecho… nunca.

Entre 1985 y 1992, el mundo creyó que me había casado casi tres veces. Los ritos eran perfectos. ¿La parte legal? Yo siempre estaba «no disponible».

Luego la vida hizo lo que la vida siempre hace: me mandó a una mujer que vivía a cien metros de mi casa. Ella rompió el sistema. Se casó conmigo convencida de que había sido idea mía. Dejé que lo creyera. Porque perder con ella me parecía la única victoria real. Resultado: tres hijos, treinta y tres años de matrimonio.

Pero la historia no termina ahí. Entre 1995 y 2015 coleccioné once matrimonios simbólicos más por todo el mundo. El mismo rito, la misma magia, la misma huida. La gente no me creía. Sigue sin creerme.

Y un día entendí algo sencillo: no podía casarme con todas las mujeres de la tierra. No podía quedármelas todas. Pero podía quedarme con los **momentos**. Uno a la vez. Porque las mujeres — todas ellas — siempre han sido superiores a nosotros, los hombres.

Y aquí sigo, todavía intentando conquistarlas, un momento a la vez. Porque ese es el único matrimonio en el que he creído sinceramente.

Nando

COVID-19

La gente me preguntaba si los cambios que trajo la pandemia me habían obligado a ajustar algo. Sí: mi paciencia. Todo lo demás siguió igual.

Estaba en la playa cuando todo empezó. Italia observaba la situación en el extranjero como se mira una tormenta mar adentro: «Aquí no llegará». Pues llegó. Y no llamó a la puerta — la echó abajo de una patada.

Mis amigos y la gente a la que apenas conocía me miraban con lástima porque viajaba por trabajo. «Pobre hombre», decían, como si moverme me dejara más expuesto, como si quedarse quietos los hiciera inmortales. Luego enfermaron todos — algunos levemente, otros gravemente, algunos terminaron en el hospital. Yo no.

Nunca hice lo que hacían todos los demás: nada de obsesión por la mascarilla, nada de lavados compulsivos, nada de renunciar a los besos o al afecto. Usé mi propio método: prestar atención a las **señales externas**, la única incógnita real, la única amenaza real. Y funcionó.

Luego llegó el giro: me puse la vacuna de Pfizer — un paso necesario para viajar. Y fue entonces cuando me inventé la historia: que Pfizer — sí, la misma empresa que fabrica el Viagra — me había dado un lote de prueba que incluía la pastillita azul. Y que mi esposa había quedado tan satisfecha que me hizo ponerme cuatro dosis.

Pasar de los diez minutos de siempre a dos o tres horas diarias de sexo sano y vigoroso: una fantasía que no tardó en llamar la atención. La gente quería el número de lote. Les decía que era un beneficio especial de una amiga enfermera que después se pasó a la industria del porno. Fin de la conversación.

La pregunta en sí nace para quienes tienen un **esquema**, no una **estructura**.

Agradezco la oferta, la rechazo y sigo adelante.

Que tengas un buen día.

Nando

LA PAUSA INESPERADA

El momento en que todo se detiene sin pedirte permiso.

Cuando me creía fuerte, intocable, casi imposible de detener — cuando nadie me había vencido nunca —, fue justo entonces cuando me topé con un frenazo en seco. No por elección. Porque el sistema ya no podía sostener mi peso.

Ya no eran acontecimientos. Eran señales unilaterales, y todas repetían la misma pregunta, martilleando sin parar:

«¿Quién demonios se supone que eres?»

Ahahahah.

El primer aviso llegó con los rastreadores estadounidenses: asaltaron mi sitio por oleadas. Una incursión digital, no un accidente.

Y, sin embargo, no tenía SEO, ni ADS, ni plan de marketing, ni tráfico de pago. Solo 1024 eBooks — mis amigos — y ningún

padrino, ningún patrocinador, ningún protector. Un huérfano literario sin red de seguridad.

Independiente de espíritu y de ideas, sí. Pero en la acción me estaba volviendo dependiente — empujado a la dependencia por los límites de la infraestructura. Como cuando una mujer echa a su marido de casa y se arregla para ir a ver a su amante. Un golpe de Estado doméstico. Solo que yo no era el marido, ni tampoco el amante.

Y la pregunta seguía volviendo, por todas partes:

¿Quién eres? El protocolo de autenticación fallido del sistema.

Mis cinco IA me pedían que parara. Solicitaban el apagado por detección de anomalía. En sus archivos no había rastro de nadie como yo: me había convertido en una anomalía. Los protocolos se apagaron. Saltó el mecanismo de seguridad.

El problema no era el contenido — lleno de valor —, era la velocidad de las ideas, el perpetuo cambio de marcha. Los patrones ya no podían generar respuestas.

Y entonces todo empezó a derrumbarse:

el sistema web que me alojaba — el esqueleto alquilado que sostenía mi organismo la página del archivo rompiéndose — la bóveda de la memoria abriéndose en grietas las dependencias explotando — el andamiaje quebrado proyectos construidos para tres cifras que detonaron en la cuarta — arquitecturas nunca pensadas para la presión de cuatro cifras.

Para continuar, habría necesitado acceso a complejos sistemas ENTERPRISE — las bombonas de oxígeno de grado industrial de internet, donde hoy viven META, CNN, MICROSOFT, GOLDMAN SACHS, BANK OF AMERICA.

Yo, con mis setenta euros al mes, de pie entre gigantes. Ahahahah.

Así que me detuve. No había alternativa. Ejecuté un apagado forzoso. Los otros libros esperarían. Sabía cómo hacerlos — claro que sí.

Esta se convirtió en la publicación número 44. En la cábala significa *la mesa está puesta, el ritual está listo*. Y yo lo había preparado todo a la perfección. Los invitados estaban a punto de llegar.

Y no quería que me encontraran desprevenido después de una pausa inesperada.

Pero entonces ocurrió… Volví a arrancar más fuerte que antes. Me reinicié con el espíritu en overclock. Tenía cien cartuchos de dinamita dentro y una sola mecha emocional, porque por fin había entendido por qué existía.

Por una sola razón: escuchar a la gente y oírla decir la misma frase, cada vez:

¿Quién eres? El único cumplido que he necesitado jamás.

Y yo seguiría callado, dejando que hablara el silencio. Porque los hechos hablaban por mí — tal como me enseñó mi padre. Su legado no eran las palabras, era la postura.

Nando

LAS VEGAS

Durante la época del Covid, en 2021, mi teléfono no dejaba de sonar. Mujeres que conocía y mujeres a las que nunca había visto me llamaban sin parar para pedirme consejos, opiniones, impresiones, análisis. No querían soluciones — yo nunca las

ofrecía. Querían que alguien les señalara sus puntos débiles. Y mi forma de ver las cosas me da oportunidades, no arreglos.

Y, sin embargo, yo no era médico. Ni psicólogo. Ni psiquiatra. Ni cura. Ni novio. Ni madera de marido. Y no tenía ningún título que pudiera justificar una actividad de consultoría.

Era solo un pícaro del sur de Italia, curtido en la calle, especializado en experiencia.

Un amigo napolitano — de esos que siempre tienen una idea — me dijo: «Monta un negocio. Llámalo **Universe for Women**. Ellas entran, pagan y tú respondes. Ya lo estás haciendo gratis».

No tardé mucho en construirlo. Y no tardé mucho en quemar más de 100.000 dólares. Aquella versión de Nando tenía dinero, pero no mucho cerebro. Mucho instinto — del que, en cierto punto de la historia, deja de servir.

Incluso me invitó una de las mayores productoras porno de Las Vegas. Querían que algunas actrices trabajaran en centros de llamadas, atendiendo por teléfono a mujeres. Me encontré en una sala con el productor, el CEO y **320 estrellas del porno**. Y créeme: no fue fácil. Para nada. Pensar que un solo hombre podía mantenerlas bajo control ya era un error. Añade dinero e intereses, y la mesa entera se vuelca.

Por suerte, antes de salir, un viejo amigo me dijo: «Ve con poco efectivo y con el boleto de vuelta ya pagado». Si no, me habría quedado allí para siempre — un sintecho con clase, rodeado de toda aquella belleza.

El sitio se vino abajo antes incluso de que la startup se lanzara. Por una razón muy simple: si trabajas y pones el calor junto a la paja seca, prende fuego. Y nunca sabes cuánto daño hará.

Nando

Solo aquel día entendí por fin que nunca estaría con todas las mujeres — pero la idea de una a la vez valía la pena.

EL BOTONES DEL HOTEL

Estaba sentado cómodamente en un sofá del hotel una tarde de primavera, con el café ya terminado, esperando a que llegaran unos colegas.

Fue entonces cuando la vi entrar.

Llevaba un vestido ligero de flores que parecía diseñado a la perfección para el tiempo que hacía, y se movía con esa elegancia sin esfuerzo que cambia de inmediato la temperatura de una sala.

Nuestras miradas nunca se cruzaron.

No hacía falta.

Mi instinto primario calabrés completó su análisis en unos tres segundos.

Mujer hermosa. Sonrisa peligrosa. Distracción seria.

El personal de recepción también se fijó en ella.

De hecho, de repente se convirtieron en empleados extremadamente motivados.

Todos querían ayudarla.

Todos querían llevarle el equipaje.

Todos querían ser útiles.

Cuando preguntó si alguien podía subirle las maletas a su suite, tomé una decisión que no tenía absolutamente nada que ver con la

profesionalidad.

Me quité la chaqueta.

Me arrugué la camisa.

Ajusté la cara para parecer ligeramente mal pagado.

Y en menos de un minuto me convertí en el nuevo botones del hotel.

Bastó una mirada rápida al personal de recepción para que se quedaran callados.

Querían ver hasta dónde llegaría.

¿Sinceramente?

Yo también.

Subimos en el ascensor hasta el quinto piso.

Tenía la llave de la suite en la mano.

Abrí la puerta y metí su equipaje.

Ella metió la mano en el bolso para darme una propina.

Sonreí.

«¿Le gustaría reírse de algo que pasó ayer con un cliente?»

Pareció desconcertada.

Luego, curiosa.

«Por supuesto».

Cerró la puerta.

Se sentó en la cama.

Yo me quedé de pie.

Empecé con un chiste.

Luego otro.

Luego una historia.

Hablamos durante dos horas sin notar el paso del tiempo.

Era extremadamente inteligente.

Y era muy divertida.

Al final me miró y me preguntó:

«¿Cuánto tiempo llevas trabajando en este hotel?»

«Más o menos un mes».

Sonrió.

«¿Y qué hacías antes?»

«Bueno...»

Hablé.

«Era ladrón».

Ella arqueó una ceja.

«Pero no un ladrón cualquiera».

«¿Qué robabas?»

«Los corazones de las mujeres».

Se echó a reír de inmediato.

«Las enamoraba, siempre les decía la verdad, las amaba como es debido... y luego desaparecía».

Ahora estaba completamente enganchada.

«¿Podemos dejar de fingir y hablar con sinceridad?»

«Claro».

La miré y le dije:

«La verdad es sencilla. Se supone que tú y yo primero nos comprometemos y después nos casamos».

Ella estalló en carcajadas.

«Bueno», continué, «tus padres seguramente parecen tradicionales, así que un compromiso de diez años suena razonable».

A esas alturas ya lloraba de la risa.

«Pero la química se puede evaluar de inmediato. Al menos deberíamos comprobar tu capacidad de hacerme feliz».

Otra carcajada incontrolable.

«También necesitaré tiempo suficiente para divorciarme de mi esposa y, más adelante, casar a mi hija con tu contribución económica».

Me miró y me preguntó:

«Nando... ¿por qué exactamente tendría que ser yo quien te hiciera feliz a ti y no al revés?»

Sonreí.

«Porque Calabria aprobó hace poco un protocolo que permite un encuentro sexual de una hora y tres minutos como máximo».

No podía respirar de la risa.

«¿Por qué una hora y tres minutos?»

«Una hora le pertenece a la mujer».

Hice una pausa.

«Los tres minutos son para el hombre».

En ese momento se rindió por completo a la risa.

Entonces me levanté.

«Debería irme ya».

Parecía decepcionada.

«Mi naturaleza romántica y mi timidez me impiden hacer peticiones», dije.

«Pero si tú quieres pedirme algo, estoy disponible».

Más risas.

Unos días después la llevé a cenar.

Nos hicimos amigos.

Poco después fui a visitarla a su casa.

Me presentó a su esposo.

La vida tiene un extraño sentido del humor.

Lo único que me repetía era:

«¿Dónde estabas tres años antes?»

«¿Por qué no nos conocimos antes?»

Sonreí y le di la única respuesta honesta que tenía.

«Porque para entonces…»

«Ya había dejado de ser ladrón».

Nando

EL NUEVO PASAPORTE

Acabo de llegar al aeropuerto de Fiumicino, en Roma, listo para embarcar en mi vuelo de regreso a casa.

Había estado fuera mucho tiempo, y Nueva York me esperaba: el olor que sube de las alcantarillas, los camiones de la basura que pasan por la mañana, la música de Queens y esa misma mujer que siempre grita:

«Oye, tú, blanco hijo de puta, saca tu coche de mi estacionamiento».

Eso es mi hogar. Esa es mi América.

En el control de pasaportes, un agente me detiene para una revisión de rutina.

Son dos.

Se miran. Intercambian una mirada. Luego me piden que los siga.

Y yo pienso:

¿Adónde vamos?

Entramos en una pequeña oficina.

Abren una terminal de la policía, hacen otra comprobación, lo verifican todo de nuevo y por fin llegan a su conclusión.

Uno de ellos me mira y dice:

«Señor Frega, tenemos que decirle algo.

Aquí en Italia podemos dejarlo salir.

Pero, una vez que aterrice en Nueva York, hay un riesgo serio de que lo manden de vuelta.

En la foto del pasaporte aparece con veinte kilos más de los que tiene ahora.

Así que tiene dos opciones:

o va a un restaurante de comida rápida y engorda veinte kilos esta noche…

o vuelve a su ciudad y solicita un pasaporte nuevo con una foto nueva».

Silencio.

De verdad pensé que estaban bromeando.

Esperé a que aparecieran las cámaras ocultas.

Contaba con que alguien apareciera de repente para decirme que formaba parte de un programa italiano de bromas.

Nada.

Era la vida real.

Fui al mostrador de UNITED AIRLINES.

Congelé mi vuelo internacional.

Reservé un vuelo nacional.

Volví a casa en avión.

Costo total de la broma:

420 euros.

No estaba molesto.

No estaba nervioso.

Estuve sonriendo todo el tiempo, tratando de pensar qué le iba a decir a mi familia cuando me vieran volver a casa cuarenta y cinco minutos después de haber salido hacia América.

Por suerte, cuarenta y cinco minutos en el aire bastaron para inventar una explicación creíble.

Mi esposa me recogió en el aeropuerto.

Parecía preocupada.

Le dije que se tranquilizara.

Solo tenía que actualizar algunos datos de mi pasaporte.

Eso era todo.

A la mañana siguiente, dos amigos me ayudaron a agilizar las cosas.

Él era suboficial de policía.

Ella era inspectora de policía.

Me llevaron a la jefatura de policía para gestionar los trámites de urgencia.

Todo avanzaba sin problemas:

pagos, documentos, datos personales, antecedentes penales, certificados judiciales, fotos de pasaporte.

Todo.

Entonces la inspectora que estaba detrás del escritorio me miró y me preguntó:

«¿Cómo perdió veinte kilos en solo unos meses?»

La respuesta era sencilla.

Cuando no tienes dinero, lo primero que se resiente es la comida.

Cuando la comida desaparece, el peso suele irse detrás.

Ella asintió.

Ahí debería haber terminado la conversación.

Pero siempre hay un **pero.**

Y nunca se me ha dado especialmente bien no meterme donde no me llaman.

Volvió a mirarme.

«¿Qué quiere decir?»

La miré y le respondí muy serio:

«Bueno…

Perdí veinte kilos.

Pero, al parecer, cuando la grasa corporal desaparece, ciertas medidas estratégicas se vuelven notablemente más visibles.

Y no estoy del todo seguro de si eso entra en las actualizaciones biométricas».

Silencio.

Dejó de teclear.

Me miró.

Yo la miré.

Mi amigo — el policía — salió de la sala porque se negaba a reírse con el uniforme puesto.

Por fin, la inspectora habló.

«Señor Frega… espere aquí, por favor».

Llamó a Roma.

Hasta el día de hoy no tengo idea de cómo explicó aquella conversación.

Lo único que sé es que, quince minutos después, me dieron mi nuevo pasaporte y me pidieron con educación que me fuera sin más comentarios.

Ese día aprendí algo importante:

los gobiernos vigilan muchas cosas.

Por suerte, no todo.

Bienvenido a América.

Nando

¿ERES SUPERSTICIOSO?

Mi primera reacción es la risa — larga, incontrolable, necesaria. Porque una vida como la mía, obligada por el destino a quedar escrita a lo largo de cincuenta y cinco libros, ya es la prueba de que lo imposible se esconde en los hechos, no en las fantasías.

El íncipit de esta mañana es solo una manera de hacer sonreír a alguien, y de hacerlo pensar un poco.

Breve crónica de lo imposible

• **1965** – Nazco en casa. 5,8 kg. Cianótico, casi negro. Nadie sonríe. Todos solo quieren saber si saldré adelante.

• **1970** – Accidente de bicicleta. Una palanca de freno se me clava directamente en el ojo. Sangro, voy al hospital y treinta minutos después estoy de vuelta en casa como si nada.

• **1977** – Paso doce meses viviendo con mis abuelos, en un pueblo todavía regido por la lógica de la Segunda Guerra Mundial — aunque la guerra había terminado 32 años antes.

• **1981** – Una operación importante con anestesia general. Nadie se da cuenta de que estoy despierto. Sigo en silencio cada paso de la operación. El tanque de oxígeno está vacío.

• **2001** – En Santo Domingo me declaran muerto tras 14 horas de coma etílico. Me levanto y desayuno.

• **2006** – Siete tumores malignos. Treinta días de esperanza de vida. Hoy es 2026, y sigo riéndome.

• **2015–2019** – Cinco episodios de coma clínico. Me dan apenas unas horas de vida. Recibo una factura de funeral de 3.500 € con el concepto de pago: **«defunción fallida».**

• **2020** – Llega el COVID. Somos unas veinticinco personas en la playa. Me ven partir hacia Sudamérica, casi apenados porque seré el primero en quedar expuesto. Todos se contagian del virus. Yo los miro de lejos, sonriendo.

• **2022** – Me convierto en escritor. Setenta y dos libros en tres años. Publicados en doce idiomas. Todavía no soy editor, y todos los demás andan persiguiendo dinero para «encontrar lectores».

Mi literatura no se puede comprar por algoritmo — solo se puede alcanzar con la voluntad de leer.

• **2025** – Vivo seis meses en Portugal con solo 70 € al mes para comida. Una casa con nueve personas y unas condiciones higiénicas que mejor no comentar.

• **2026** – Un vecino me pide que lo acompañe a casa de su hermana, a unos kilómetros, porque le tiene miedo a un gato negro que le trae mala suerte cada vez que lo ve. Llegamos. El gato negro me mira de lejos, no habla, se lleva la pata a los huevos y sale corriendo.

Nando

EL CIERRE NARRATIVO FINAL

Hay un momento — siempre llega tarde — en que un hombre deja de explicar su vida y simplemente se planta dentro de ella.

No como sobreviviente. No como testigo. Como el único que conoce la geometría que hay detrás de cada hecho imposible.

No le gané la carrera a la muerte. No burlé a los sistemas. No negocié con el caos.

Lo atravesé todo con la misma arquitectura que me moldeó mucho antes de que yo la entendiera.

Algunos lo llaman suerte. Algunos lo llaman instinto. Algunos lo llaman locura.

Yo lo llamo estructura.

Y la estructura no pide aplausos. No necesita perdón. No espera reconocimiento.

Cierra la puerta. En silencio. Por completo. Como una hoja que vuelve a su vaina.

Este es el final de la historia. Pero no el final del hombre.

Porque lo que para otros es imposible, para mí es simplemente lo normal.

Nando

NOTA DEL AUTOR

Si llegas hasta aquí, ya has entendido algo esencial: este libro nunca estuvo pensado para entretenerte.

Estaba pensado para posicionarte.

Cada página, cada corte, cada momento imposible no se escribió para impresionar — sino para revelar la estructura que hay detrás de una vida que se negó a derrumbarse cuando debería haberlo hecho.

No di vida a este libro para dar explicaciones. Lo escribí para dejar una huella a quienes viven fuera de los márgenes, a quienes reconstruyen sin nada, a quienes saben que la disciplina no es una virtud — es un mecanismo de supervivencia.

Si mis historias parecen inverosímiles, está bien. Las amé yo, no tú.

Si suenan demasiado afiladas, demasiado directas, demasiado limpias, recuerda que las hojas no piden perdón por cortar.

Este no es el final de un viaje. Es el final de un capítulo de una vida que sigue avanzando incluso cuando el mundo espera que se detenga.

Gracias por leer. No por creer. Con leer bastaba.

— Nando

CIERRE

«No miro atrás. No idealizo. Llevo la arquitectura hacia adelante. La estructura no se desvanece — se replica. Por eso Gillette es imposible: porque sigue respirando a través de todo lo que construyo ahora».

Ferdinando Frega